

CAPITULO XI.

VIENE EL V. P. ANTONIO DESDE los Lacandones para Guardian de este Colegio, y de algunos casos raros que sucedieron en su viage. Toma posesion de la Prelacia, y califica el Cielo su gobierno con algunos sucesos prodigiosos.

A Tiempo que este Evangelico Conquistador se hallaba en la Montaña del Lacandón, todo espíritu en la conversion de los Idólatras, y Gentiles, que faltaban por reducir, y todo zelo en conservar à los convertidos en catholica estabilidad, le llegó Patente de Guardian de este Colegio, que en su tornavuelta del Capitulo Provincial de Guatemala, le remitió el M. R. P. Comisario General Fr. Manuel de Monzabal, desde el Pueblo de N. P. Santo Domingo de Chiapa, con fecha de once de Marzo del año noventa y siete. Hallábase à este tiempo el Siervo de Dios en el Pueblo de San Ramón, distante del de los Dolores dos dias largos de camino, y hecho cargo de que el Superior le mandaba, que se vinie-

se sin dilacion, en un solo día transitó la referida distancia, en cumplimiento de su destino. Luego que el R. P. Fr. Blás quedó enterado de sus designios, procuró detenerlo siquiera para aviarlo; pero por mas que lo procuró, nunca pudo conseguirlo, saliendo para Ocosingo por la mañana siguiente, distante de la expresada Poblacion mas de ciento y diez leguas de Montaña. Fue esta mañana, según atestigua el citado Mercenario, la del mayor desconsuelo, que hasta entonces se havia experimentado en aquel País, poblando los ayres en llanto descompasado aquellas afligidas Ovejas, por la ausencia de su Pastor, valando por aquellos campos su lastimosa horfandad, hasta los Corderillos mas tiernos. Niños, hom-

hombres, y mugeres, salieron à acompañarlo, lamentando su dolorosa desgracia, hasta una Cruz, que dista como media legua del Pueblo, suplicandole con suspiros, que les diese la bendicion. Despidióse de su afligido Compañero, y de aquellos hijos de su espíritu, con cariñosas, y humildes demostraciones, siendo en todos tal la ternura, que embarazando el dolor los labios huvieron de suplir las lagrimas las voces, que no acertaban las lenguas. No me detengo por ahora en la agilidad con que llegó à la presencia del Prelado General, à los catorce dias de firmada la Patente, atento à que sobre este asunto se ofrecerán en lo de adelante casos muy raros.

Recibióle con cariño el Superior Prelado, en cuya compañía hizo viage algunos dias, y en la festividad de la Encarnacion, à los veinte y cinco del mismo mes, sucedió el siguiente prodigio, de que fueron Testigos el mismo Comisario General, y otros muchos de su familia. Faltó el vino para celebrar, siendo el V. P. Antonio el destinado para decir la Misa, y

viendolos à todos contristados, pidió la botella en que havia estado el vino, y tomandola en las manos, destiló gota à gota lo bastante para llenar una vinagera. Rompióse inmediatamente la bota, y se halló seca, y sin rastro de humedad, para que fuese patente el prodigio, que el haver dado vino el cuero seco, havia sido obra de Dios, para regalar à su Siervo con las dulzuras del Maná del Sacramento, y consolar à aquella Comitiva Religiosa, con la asistencia à tan amable Sacrificio. Considerando el M. R. Comisario, que el bendito Misionero tenia que caminar mas de doscientas leguas, hasta llegar al Colegio, le ofreció caritativo una mula, para que pudiese hacer con mas comodidad sus jornadas, y para lograr juntamente la amorosa compañía de un hijo, que con la fama de su Santidad, y con la virtud que tenia impresa en su semblante, le havia robado el afecto. Mostróse agradecido el P. Antonio à la oferta, dando por causa de no admitirla, el que era mozo, y sabía bien el camino, para poder transitarlo à pie. Quedó el

el Prelado satisfecho de su respuesta, sin porfiar en hacerle nueva instancia, contentandose con que se aposentasen juntos por las noches. Salía el M. R. P. Comisario General con su familia en generosas mulas, tan anticipadamente à la luz del dia, que desmentía con dos faroles gran parte de la obscuridad de la noche; y quedando Fr. Antonio confesando, y con otros ejercicios devotos, llegaba primero que todos, y le hallaban, ò predicando en las Plazas, ò absolviendo Penitentes en los Templos. Admirado de esto el circunspecto Superior, le preguntó en una ocasion, que por donde havia hecho su viage, pues no habiendo mas de un camino, no lo havia divisado en todo el dia. Oyó el V. P. la pregunta, y respondió con sumision reverente: *Como soy práctico en la tierra, tengo mis atajos, y Dios tambien me ayuda.* Calló el Prelado por entonces, y aunque no ignoraba la licitud con que en tan manifiesta necesidad usaba de caballería, prorrumpió despues tan confiso, como admirado, en la expresion siguiente: *Temo que con*

este hombre me ha de juzgar Dios, pues anda mas à pie que yo à caballo. Sonaba ya esta velocidad entre todos los de la comitiva, por manifesto prodigio, y zelando uno de sus hermanos, que llegase la aclamacion à sus oídos, le advirtió que se detuviese, y entrase en las posadas el ultimo. Obedeció el humilde Varon con rendimiento, y prefiriendo la docilidad à las ansias, se abstuvo de predicar, y confesar en aquellos dias, por mas que tenia todo su descanso en tan sagradas taréas.

Pocos dias antes que llegase à este Colegio de Queretaro, se supo su venida, por un Viandante, à quien encomendó en el camino unos papeles de apuntes, y le encargó que los entregase al Portero. Suspiraban ya los Religiosos por su llegada, como tambien toda esta Populosa Ciudad, deseosos todos de ver à un hombre, de quien ya havia esparcido la fama pública raras maravillas, y grandes prodigios. En cuya atencion, fueron muchos los bienhechores, y afectos, que salieron con la Comunidad à recibirle à los extramuros, el dia

dia veinte y dos de Abril del año de noventa y siete, como à las quatro de la tarde, en esta Iglesia. Y concluido el *Te Deum laudamus*, y el festivo repique de las Campanas, dió fin el V. P. à este tierno recibimiento con una breve, y devotissima Platica, que dejó à todos revertiendo espirituales consuelos. Venia el Penitente Varon tostado de los soles, con el Habito muy remendado, colgado à las espaldas un sombrero viejo, y con una calavera pendiente de la cuerda, que le servia en los Sermones. Traía por Sandalias unas suelas de cuero crudo, como si fuera el mas pobre Indio, que oy se conservan en este Colegio, como memoria de tan egemplar Suge-to. Desde este dia abrigó sus pies, llenos de gruesos callos, con las que usa la Comunidad, para conformarse con los demás Religiosos, à excepcion de la tunica interior, que no la usó hasta los ultimos años de su vida, y de los paños menores, que en Valencia eran de estameña, y acá en las Indias de sayalete, aun en la edad mas avanzada.

Comenzó à gobernar este Apostolico Seminario con egemplo, y con palabras, alentando à los tibios, para que no fuesen tan flacos, y à los fervorosos para que fuesen mas perfectos. No hubo Subdito que no le encontrase muy humano, siempre que alguno le solicitó para lenitivo de su pena, y desahogo de sus angustias. Su trato era tan familiar con todos, que con la misma igualdad supo realzar las máximas de Prelado, sin quedar corazon que no lo sujetase docil al cumplimiento del Instituto, y à la observancia de sus consejos. Su humildad sin hypocresía, su gravedad sin afección, su religiosidad circunspecta, su mortificacion sin melindres, y su devocion egemplar, obligaron à los Religiosos à hacer tan alto concepto de su virtud, que casi todos los del Colegio lo eligieron por Padre Espiritual. A mas de esto, lo dotó el Señor con otra jurisdiccion de distinta esfera, franqueandole en algunas ocasiones los secretos del corazon de sus Subditos, y sus ocultas acciones, para que con esta luz pudiese atender

à las necesidades urgentes sin estrepito, y à la pacífica correccion del que necesitaba de enmienda. Hallandose muy resuelto à volverse à su Provincia el Hermano Fr. Diego de la Madre de Dios, hijo de la Santa Recoleccion de Andalucía, y no atreviendose à descubrir su intento à persona alguna, padecía muchas perplejidades, y notable desasosiego de espíritu. Viendose un día sobre manera perturbado, fluctuando en estas cõgojas, se le fue entrando el Padre Guardian por la Celda, y sentandose con familiaridad le fue descubriendo sus intentos, y con ellos la raíz de su inquietud, y tristeza. Dióle saludables consejos para serenar su ánimo, asegurandole, que no era voluntad de Dios su premeditado viaje, y que moriría en el Colegio. Sosegóse el Religioso, quedando lleno de asombro, viendo descubiertos los dentro de su corazon, y murió de allí à cinco años en este Colegio, con mucho egeemplo.

El Hermano Fr. Josef Martinez Granizo, Limosnero de este Colegio, era tan abstinente, que solo tomaba al día

una escasa porcion de legumbres mal sazoadas. Padecía el achaque de volver frecuentemente el estomago, por cuya causa solía alguna vez beber un vaso moderado de vino en casa de algun bienhechor. Supolo el V. P. y zelando aun en lo licito el mayor egeemplo, le ordenó, que no lo bebiese en el siglo, proveyendole su necesidad dentro del Claustro. Practicólo asi el obediente Lego; pero havienole ofrecido un día una persona devota un poco de vino, lo reservó para sí: y discutiendo, que solo se le havia prohibido el tomarlo delante de los Seglares, asi que estuvo à las orillas del Rio, tomó un trago à la sombra de un Arbol, para remediar la flaqueza que ocasionaba la alforja, con el seguro de que de nadie podia ser visto. Luego que llegó al Seminario, y tomó la bendicion al V. Prelado, lo recibió con las siguientes palabras: *¿ No sabe su Caridad, ó no ha oído decir, que los Arboles tienen ojos? ¿ Qué le pareció, que debajo de los Arboles no le havian de ver beber el vino? ¿ Asi me trampéa el precepto?* Quedó confuso el Religioso,

y

y juntamente reconocido, para proceder en adelante mas cauteloso en lo que se le havia mandado, teniendo por indubitable, atendidas todas las circunstancias, que su Guardian havia tenido luz superior para corregirle à solas, y con mansedumbre aquel descuido.

Hallandose muy tentado à dejar el Santo Habito un Novicio del Coro, que despues fue Misionero de nombre, cogió su ropa de Seglar bajo del manto, y saliendose del Noviciado, como à las ocho de la noche, iba determinado à ver al V. Guardian, para descubrirle su determinacion, y volverse à su casa. Asi que salió por la puerta del Noviciado con estos intentos, divisó al bendito Prelado, que estaba en pie à la puerta de la Celda Guardianal, y enderezando con alguna priesa los pasos para el Novicio, le dijo con voz baja, y en tono de reprehension: *Buelvase al Santo Noviciado, Hermano, y no tiente à Dios; deje esa ropa donde se estaba, y abracese resignado con la Cruz de Christo, que al Cielo no se vá comiendo buñuelos.* Obedeció prontamente el perturbado

joven, quedando tan corrido de lo que le havia pasado, como arrepentido de su liviandad, y sin dar mas oídos à la suggestion, perseveró toda su vida con serenidad de ánimo en sus religiosos designios. De estos, y semejantes casos, referiré otros muchos en adelante.

Fue puntualissimo en la observancia de la Regla, Constituciones, y Bulas, cuidando con vigilancia de que no se introdugese la menor relajacion, ni la corruptela mas leve. Y haciendose cargo de que la Prelacia es una esclavitud honesta, y honrado remo, procuraba que todas sus acciones fuesen elocuencia muda, para despertar en los Subditos, con adelantamientos, los movimientos del alma, y persuadirlos al mayor candór de la vida Monastica, y religiosa hermosura. Uno de sus egercicios supernumerarios era asistir à la disciplina del Noviciado, portandose como el mas humilde Novicio, sin que pudiese conseguir el Maestro que presidiese en aquel acto privado de mortificacion, diciendo que allí iba como uno de los demás Coristas. En

L 2

una

una ocasion, que con otros Religiosos hacía la Via-Sacra en la Iglesia, despues de Maytines, reparando, que al dar la vuelta con la Cruz al hombro, uno de ellos ponía cuidado en darle el lado derecho, le dijo con disimulada mesura: *Dejese de eso, y vaya donde le tocare, que en la calle de la Amargura no anduvieron en esas cortesias con Jesu-Christo.* Es la virtud muy discreta, y para todo halla salida sábia, y ayroso despejo, mayormente en un Sugeto, que vivía tan desprendido de las bastardas impresiones de la autoridad, y mando, que salía al Refectorio varias veces al año, con una Cruz al hombro, una sogá al cuello, y una corona de espinas, y decía humildemente sus culpas al que presidía, con edificacion, y ternura de todos sus Subditos.

En todos los actos de Comunidad era el primero; y si alguna vez no pudo asistir à las Horas menores, por hallarse ocupado en alguna confesion, ò en otro piadoso empleo, luego que se concluía la confesion, ò el negocio, se iba en derecha para el Coro, aunque se

estuviese ya finalizando el Oficio. En la asistencia à los Maytines, que indispensablemente han sido siempre, y son à la media noche, jamás dispensó consigo, aunque por haverlo llamado à confesar à algun enfermo, volviese al Colegio al caer las doce, ò aunque acabase de llegar de algun viage. Haviendo llegado en una ocasion con el cansancio de una jornada de diez leguas, no oyó despertar, y se quedó dormido; y al otro día salió al Refectorio con la manta, y dixo la culpa, pidiendo perdon de su mal ejemplo. Siempre que podía se iba al Coro, antes de principiar el Rezo, previniendose para pagar este tributo con digna atencion, y devota reverencia. Veces hubo, que para mostrar el Señor quan grata le era esta prevencion, lo hallaron algunos de sus Subditos despidiendo rayos del rostro, à imitacion de Moysés, y fuera de sí en elevada oracion, como diré en adelante.

Su dormir era desde las ocho à las once de la noche; y como sabía, que quando la cabeza duerme no hay miembro que

que no se entregue à la ociosidad, entregaba las llaves de la Clausura à JESUS, y à MARIA Santissima, diciendo la culpa, en nombre de toda la Comunidad, postrado en presencia de sus Sacratissimas Imagenes, y rogandoles, que como principales Guardianes del Seminario, fuesen las Centinelas que lo cuidasen. Florecía por entonces una persona de probada virtud, y muy favorecida de Dios, y queriendo manifestarle el Señor quan de su agrado le era el gobierno de su Siervo Antonio, vió en sueños à Su Magestad, que en forma de un Religioso Venerable, y con una Antorcha encendida en la mano, daba repetidas vueltas por los dormitorios del Colegio. No entendió la dicha persona espiritual el enigma, y pidiendo luz al Cielo para su inteligencia, le respondió el mismo Señor: *¿Ignoras à caso, que Yo soy el Guardian? ¿Cómo puedo Yo disgustar à quien tanto gusto me dá? Mientras él duerme, Yo he de velar, pues él vela para que yo descanse.* Con esta respuesta, quedó esta virtuosa alma muy instruída del particu-

lar cuidado que Dios nuestro Señor tendría de toda esta Ciudad, si el Alcalde Mayor, y los demás Subalternos, pusieran sus varas à los pies de Jesu-Christo, como havia puesto las llaves del Seminario el Guardian de la Cruz.

A las once lo despertaba el V. Portero Fr. Antonio de los Angeles, y ambos se iban à un quarto contiguo al Coro, en donde despues de haver leído una doctrina de la Sábía, y Mystica Doctora la V. M. Sor Maria de Jesus de Agreda, se sentaba el ilustrado Lego en un banquito, y el Venerable Guardian decía la culpa, postrado à sus pies con humildad. Despues decía la culpa el Portero; y la penitencia que reciprocamente se imponían, era que el uno pisase la boca al otro, por espacio de tres Credos, y el tiempo que restaba hasta las doce lo empleaban en oracion. Concluidos los Maytines, y la hora de Oracion Mental, bajaba à la Iglesia con alguno, ò mas Compañeros, segun proporcionaba la coyuntura, y hacía la Via-Sacra, à excepcion de las Festividades de la Santissima Virgen

MARIA, en que se conmutaba este egercicio con el Rosario de quince Mystérios, haciendo pausa à cada cinco, y meditando sus respectivos asuntos. En una de estas meditaciones, se quedó dormido en una ocasion el Compañero, y esperando el V. P. à que volviese libremente de su sueño, asi que despertó le dijo, para escusarle el rubor, con estilo afable, y chistoso agrado: *Vamos prosiguiendo, que ya tomó su racion el Borrico*, con cuya frase sobornó el desvelo al dormitante, para que prosiguiese mas fervoroso en lo restante del rezo.

El tiempo que le sobraba hasta la hora de Prima, lo ocupaba orando, ò leyendo, ò egercitandose en varias obras encaminadas à la caridad con los domesticos, y estraños; en cuya virtud, que es la corona de todas, fue siempre singularísimo, mirando como propias las medras, ò los infortunios agenos. En el trienio antecedente al de su gobierno se levantó un furioso torbellino en este Colegio, que arrojó à muchos Operarios fuera del Claustro. No ignoraba el Siervo de

Dios las raíces, y motivos de tan bastardo alboroto, en que tuvo mucha parte la ambicion à la Prelacia, calificando las inclinaciones de merito para el ascenso. ¡Rara torpeza de la voluntad humana, quando así venda al entendimiento los ojos, para que niegue sus primeros atributos à la justicia! Pero compadecido de la miseria, ò despecho de los desertores, luego que llegó de la infidelidad à su empléo, envió un Donado con cartas para todos, llenas de humanidad, y dulzura, para reducirlos otra vez al gremio del Instituto Apostolico, cuya diligencia, aunque no tuvo todo el deseado efecto, no fue totalmente ociosa. Ningun Religioso lo vió jamás enojado, aun quando se veía precisado à corregir algun abuso, teniendo siempre presente que la severidad del enojo, le quita à la caridad lo dulce, y la llena de acedías. Si reconocia à algun Subdito oprimido con la demasiada clausura, le encomendaba con industrioso disimulo alguna diligencia para el siglo, dando ensanches al rigor con

pru-

prudencia, sin faltar à los fueros del Seminario. En su tiempo fabricó una Enfermería en este Colegio, para que se curasen con mas comodidad los Enfermos, cuya caridad con los Religiosos dolientes, se conocerá por la que practicó con un Seglar desvalido, y ulcerado, que le cautivó el corazon el verle en tanta infelicidad, y desdicha como tullido, y lleno de llagas, y pidiendo limosna en un carretoncillo por las calles de la Ciudad. Encontróle el caritativo Padre, y compadecido de su miseria, buscó modo de que lo tragesen al Colegio. Mandó ponerlo en una Celda baja, y mirando en aquel llagado al mismo Christo dolorido, tomó su alivio con tanto empeño, que quantos ratos le permitía su trabajoso oficio, se iba à visitarlo, acompañado del V. Portero Fr. Antonio de los Angeles, quirandole cantidad de gusanos, lavandole las inmundas llagas, y empleando manos, y lengua, para su cu-

racion, y reparo. Quedó limpio, y convallecido de tan horrorosa asquerosidad, con tan eficaces lenitivos; y sobreviniendole otro mortal accidente, dobló su piadoso conato, para que lograrse su conmisericordia los reales, disponiendolo, para que recibiese todos los santos Sacramentos, asistióle en la ultima hora, y dió sepultura à su cadaver. Continuamente bajaba al Confesonario, adelantando almas en el camino de la perfeccion, y reduciendo à vida christiana à los que havian soltado las riendas à las pasiones. Para tener mas tiempo para remediar à la multitud de penitentes, que frecuentemente lo buscaban, decia de ordinario la Misa Mayor, si no tenia Sermon. Era solicitado à todas horas, para serenar discordias, extirpar escandalos, confesar enfermos, y ayudar à los moribundos, haciendolo su abra-

sada caridad todo para todos, segun se irá descubriendo.

